

Ecologismo: una cuestión de límites

Entrevista con Yayo Herrero

Dara Medina Chirino (Comité Editorial de Encrucijadas)



ILUSTRACIÓN: Julia Sanz

Yayo Herrero (Madrid, 1965) es conocida por su activismo social ligado al ecologismo y al feminismo, habiendo sido co-coordinadora estatal de Ecologistas en Acción. Actualmente es directora de FUHEM desde el año 2012. Es Licenciada en Antropología Social y Cultural, Educadora Social e Ingeniera Técnica Agrícola. Así mismo, posee estudios avanzados en Pedagogía y durante muchos años ha trabajado en diferentes empresas en el área de calidad y gestión de riesgos.

Está ligada al ámbito universitario, siendo coordinadora del Área de Conocimiento en Red y Divulgación del Centro Complutense de Estudios e Información Medioambiental de la Fundación General de la Universidad Complutense de Madrid. Además, es tutora del Máster en Educación y Sistemas Complejos de la UNED.

Citarla es complicado pues no deja de dar conferencias por todo el país, pero una vez con ella se muestra cercana, capaz de tornar fácil lo complejo, y con ello, proveernos de confianza ante una realidad ciertamente preocupante.

Hace poco estuve aquí precisamente en el Círculo de Bellas Artes en la presentación del libro de Naomi Klein donde interviniste como moderadora se habló del ecologismo como una lucha que engloba otras muchas luchas, como una lucha “madre”. Si miramos para atrás en la historia podemos pensar en otros movimientos sociales e ideologías transformadoras que también se autoproclamaron de esa manera ¿Qué hace al ecologismo una lucha diferente en este sentido, como abarcadora de otras luchas?

Tenemos que tener en cuenta que el ecologismo como tal movimiento es bastante joven. Como movimiento social nace en los años setenta, cuando se empieza a mostrar que la promesa de desarrollo permanente, la promesa de crear riqueza a partir del modo de producción y la forma de organizar la vida que habían tenido las sociedades occidentales, no es viable. La publicación del informe sobre los límites al crecimiento del Club de Roma es el arranque. Es como el “caerse del guindo” de la posibilidad de ir creciendo, y creciendo, y creciendo con cargo a la extracción de materiales finitos, a la generación de residuos de forma permanente o a la utilización de las energías fósiles. Desde mi punto de vista lo que hace que el ecologismo sea una lucha abarcadora de otras es básicamente el hecho de que está centrado en la biosfera, que es el espacio que abarca la vida. La economía, la política, la vida cotidiana... se enmarca dentro de la naturaleza y dentro de una biosfera, entonces, cualquier desarrollo de la política, de la vida cotidiana o de la economía que no esté inscrita dentro de los límites de la naturaleza o que se desarrolle en contra de los procesos que permiten que se regenere la vida, acaba generando modelos que son inviables, que son injustos, que son ecocidas.

«El ser humano occidental ha elevado una especie de pared entre los seres humanos y el resto del mundo vivo»

Una perspectiva ecológica, una perspectiva del ecologismo que sea social, que considere la equidad en distintos ámbitos de dominación: en términos de clase, de género, de procedencia... es un tipo de lucha, un marco, que te asienta muy bien los pies en el territorio en el que pisas.

Otras luchas emancipatorias, para mí totalmente imprescindibles, grandes utopías que se han venido viviendo en diferentes lugares del mundo, tienen

el punto débil de que a veces no han propuesto mecanismos de salida, de generación de otro modelo de vida, que siguen sin ser conscientes de los límites de la naturaleza y de lo que se puede y no se puede hacer en función de esos límites.

¿De donde viene, cómo surge esa falta de conciencia de los límites naturales, esa separación de la vida humana del resto del ecosistema?

El "pecado original" de nuestra cultura, que nace en la cultura occidental, es esa separación entre Cultura y Naturaleza. El ser humano occidental es uno de los únicos que ha elevado una especie de pared entre nuestra especie y el resto del mundo vivo. Como si fueran dos cosas diferentes. Esto lo encontramos por ejemplo en las raíces clásicas, con Platón o Aristóteles, que establecen una gran diferencia, no ya solamente entre las personas y el mundo físico, sino incluso entre la razón y el propio cuerpo. Ellos entienden y empiezan a teorizar la naturaleza como ese algo externo. Un medio ambiente externo a las personas susceptible de ser controlado, dominado y sometido. Igual que entienden que el cuerpo es la parte material o menos valiosa de las personas, que adquiere la dimensión humana gracias a la razón.

Esa separación tremenda se ve muy reflejada en las raíces judeocristianas del pensamiento, heredera de aquellas visiones clásicas. El Génesis, por ejemplo, en la Biblia, Dios, después de haber creado el mundo crea a Adán. De un cachito de Adán, crea como una especie de residuo, de subproducto, a Eva. Y les dice "mirad toda la creación, dominadla, sometedla..." De alguna manera en esa parte del Génesis, aunque luego es contestada por otros sectores de la iglesia que hacen otras lecturas diferentes, lo que hace es sostener esa idea de un ser humano central que domina y tiene a su servicio, como gran almacén, como gran vertedero, a la naturaleza.

El problema es que si seguimos el devenir de los siglos, nos encontramos con que el propio nacimiento de la ciencia moderna, en sus orígenes, con los planteamientos de Descartes, de Bacon, del propio Newton, sigue sosteniendo ese dualismo. Ese dualismo entre la Cultura y la Naturaleza, los seres humanos y la naturaleza, la razón y el propio cuerpo que acaba funcionando como sostén teórico de este modelo antropocéntrico y también androcéntrico.

En esta falsa idea de emancipación, de progreso, de ser humano que se establece ya durante el periodo de la Ciencia moderna y es arrastrado dentro de la Ilustración, lo que nos encontramos es la ficción de un ser humano que se considera central y que se concibe a sí mismo como emancipado de la naturaleza, emancipado de los otros seres humanos como individuo y emancipado de su propio cuerpo. Y,

como es imposible que un ser humano individual tenga esa triple emancipación porque somos ecodependientes e interdependientes, la única forma de poder sostenerlo es un sistema colonial que utiliza recursos de otros lugares para sostener la economía, y un sistema fundamentalmente patriarcal que hace que haya una parte de la población que se pueda desatender del cuidado de su propio cuerpo y cuidar de las personas mayores o más pequeñas gracias a que hay toda una legión de personas consideradas como inferiores –las mujeres– a las que se les relega el cuidado de los cuerpos.

Por eso digo que es el “pecado original”, porque se sostiene sobre una creencia, sobre una ficción: que los seres humanos podemos vivir fuera de nuestro cuerpo y al margen de la naturaleza. Sobre esas bases se ha construido la economía, el marco del derecho, una noción de libertad, una noción de persona que, al final son extremadamente dañinas y nocivas para sostener nuestra especie en la Tierra.

«Vivimos en una cultura patriarcal y antiecológica que al construir la economía y la política se desentiende de las relaciones de ecodependencia e interdependencia»

Se construye un modelo basado en el dominio. Una dualidad, una división en pares de opuestos: la Cultura es diferente a la Naturaleza y está por encima, la razón es superior al cuerpo y se encuentra jerárquicamente por encima. Esa misma razón se supone superior a las emociones como si fueran algo diferente. No cae en un punto estéril desde el punto de vista de las relaciones de género, sino que nace en una sociedad patriarcal. Por tanto, esos lados de las dualidades que se encuentran por encima, la cultura, la razón, la ciencia, se asignan sistemáticamente a lo masculino, mientras que los lados que están asignados a la naturaleza, al cuerpo y a las emociones son considerados femeninos, replicando esa jerarquía, acuñando un concepto de persona en el que el ser humano universal es el sujeto blanco, occidental, heterosexual... y el resto de los seres humanos, por comparación a aquél, que es superior, lo que tienen es la carencia de no ser como él.

¿Por qué es importante poner en relación la lucha feminista y la ecologista?

Creo que es fundamental por un motivo: para enfocar bien una lucha que tenga como finalidad la emancipación de toda las personas, una cosa básica es comprender qué es la persona y cómo puede vivir.

Cuando miramos las bases materiales que sostienen la vida humana nos encontramos la Naturaleza. Es evidente que todo, absolutamente todo lo que necesitamos, utilizamos, que hace crecer la economía, que sirve para sostener necesidades humanas, proviene de la Naturaleza. Materiales que se extraen o ciclos que se perpetúan y que permiten la agricultura o la renovación de las pesquerías de un caladero... Somos Naturaleza y somos radicalmente ecodependientes. Pero las personas no sólo somos ecodependientes, sino que somos radicalmente interdependientes. La vida humana en solitario es imposible. De primeras, alguien te ha parido, una mujer, un universal insustituible, pero a partir de ese momento, durante toda la vida y sobre todo en algunos momentos del ciclo vital, como son la infancia o la vejez, o toda la vida en el caso de una persona dependiente funcionalmente, hace falta para poder sobrevivir, que otras personas hagan un trabajo absolutamente material, como es el cuidado del cuerpo vulnerable en el que vivimos encarnadas. Un ser humano, una criatura recién nacida no sobrevive si no hay quién la cuide. Una persona mayor en una población además tan envejecida como la que tenemos, no puede ni levantarse de la cama, ni volverse a acostar, ni asearse, ni pasear si no hay alguien. Insisto en la materialidad de ese trabajo, porque es un trabajo de tocar los cuerpos, de cuidarlos, de levantarlos, de sentarlos. Por supuesto que también la cuestión afectiva se mezcla por medio, pero me refiero a que, incluso aunque no te quieran, la parte corporal si no se hace no puede haber vida.

La vida humana depende de esos dos aspectos. Lo que ha sucedido es que vivimos en una cultura básicamente patriarcal y antiecológica porque a la hora de construir la economía y la política se desentiende de las relaciones de ecodependencia y de las relaciones de interdependencia. Las invisibiliza, no las considera, no se hace políticas con ella, porque se da por hecho que se sostienen solas. Y no se sostienen solas, hay quién las sostiene.

La ecodependencia se sostiene a partir de las dinámicas cíclicas de los procesos de la Naturaleza y de los *stocks* de materiales que existían, y la interdependencia se sostiene porque a lo largo de la historia y en todos los lugares del mundo ha habido un modelo injusto de asignaciones de esos trabajos, una división sexual de esos trabajos, que ha hecho que las mujeres en condiciones de no libertad, realicen mayoritariamente esas tareas, con mecanismos de socialización que imponen como el deber o como la esencia de las mujeres, el que éstas son más cariñosas o más amantes por naturaleza. O el simple miedo. El hogar, el lugar donde mayoritariamente se realizan los cuidados, es un espacio de opresión y de miedo para muchísimas mujeres.

Es la única forma en la que se ha podido sostener ese concepto de individuo, de ciudadano, como decía en la propia Grecia clásica Aristóteles, donde el estatus de ciudadano no englobaba ni a las mujeres ni a los esclavos. Esclavos y mujeres se ocupaban de sostener la ecoddependencia y la interdependencia.

La ilusión de poder conformar un tipo de sujeto, o un ser humano emancipado de esas necesidades materiales, requería tener gente considerada no tan humana o no tan digna de derechos que se ocupara de esas tareas.

Desde mi punto de vista, son dos luchas que van muy de la mano. Sin que ninguna de ellas sustituya a la otra. Creo que son dos luchas que atacan a la raíz de ese dualismo, de esa división dual tan perniciosa propia de la cultura occidental.

¿Y en qué sentido la lucha ecologista es también una lucha de justicia social?

La lucha ecologista refleja, en el fondo, una verdadera lucha de clases. Lo que pasa es que la lucha de clases clásica ha estado muy centrada en el conflicto capital-trabajo, refiriéndome al trabajo como el trabajo remunerado, y en la cuestión del dinero como vara exclusiva de medir.

¿De donde parte que la lucha ecologista sea también una lucha por la justicia social? Pues del hecho de que nuestro planeta Tierra tiene límites físicos que no se pueden sobrepasar –aunque ahora mismo nos encontramos en una situación de translimitación, con los deterioros que ello conlleva–. El hecho de que existan límites físicos en el planeta nos lleva directamente a la idea de que el crecimiento económico que se base en una extracción permanente de materiales finitos, en una generación permanente de residuos y en el hecho de terminar forzando las dinámicas cíclicas de la naturaleza, llegará un momento en el que tope con sus propios límites.

En el momento actual estamos viviendo una crisis que muestra de forma clara cómo prácticamente desde los años setenta, por más que haga el capital, por más que explote, por más que se financiarice, no está siendo capaz de regenerar o hacer crecer las tasas de ganancia del capital.

En este marco, lo que nos encontramos es que hacer crecer la economía de países enriquecidos que dependen de los recursos que se extraen en otros lugares significa necesariamente que en esos otros lugares se den dinámicas de extraactivismo y explotación, haciendo que las personas que viven en esos lugares no lleguen a los mínimos posibles.

Hay un indicador que solemos manejar mucho en la economía ecológica, la *huella ecológica*, que traduce a unidades de superficie, de tierra, a partir de una serie de modelizaciones, y que expresa la cantidad de energía de materiales, de naturaleza, excluyendo el agua, que es necesaria para sostener un determinado estilo de vida. Si todo el mundo viviera como la media del Estado español, en cuanto al de naturaleza, nos harían falta más de tres planetas; como la media de una persona de Kuwait, doce planetas; como la media de una persona de Estados Unidos, cinco planetas; como noruegos y suecos, cuatro. Esto quiere decir que es imposible que toda la población del planeta adquiriera esos estilos de vida. Luego, quienes consumen más naturaleza de la que les corresponde, lo hacen a costa de que otras personas no lleguen a los mínimos que necesitan para estar vivos.

En ese sentido, es una lucha social clave por la justicia y por la supervivencia. A lo que se le añaden todas las luchas que se han dado en llamar de justicia ambiental, incluso de racismo ambiental.

«Existe una correlación grande entre pobreza, exclusión, desigualdad y deterioro de la naturaleza»

Cuando miramos los lugares donde están instaladas todas las industrias más contaminantes, todos los vertederos o incineradoras más contaminantes, todos los espacios productivos más contaminantes, nos damos cuenta de que suelen estar en las tierras o en las ciudades donde vive la gente más pobre. Si se mira desigualdad social, deterioro de la naturaleza y lo vas focalizando en lugares, lo que ves es que existe una correlación grande entre pobreza, empobrecimiento, desigualdad y deterioro de la naturaleza.

Sobre ese modelo económico que no tiene en cuenta los límites del planeta, desde la ecología se ha construido el símil con el iceberg, del que sobresale del agua una parte pequeña, mientras permanece oculta otra más grande debajo...

La *metáfora del iceberg* llegó a la economía ecológica y a la economía feminista en diferentes momentos y por separado. Viene dada por el hecho de que un gran problema que tiene el modelo económico convencional es que reduce el concepto de valor al concepto de precio.

En nuestro modelo económico sólo tiene valor económico aquello que puede ser expresado en términos monetarios y hay miles de cosas que no pueden ser expresadas en esos términos: ni la polinización, ni el ciclo del agua, todo

el trabajo que se hace dentro de casa principalmente por mujeres que no es contabilizado como trabajo ni aflora al no ser pagado en las cuentas económicas del sistema. El mundo de la economía mira solamente la dimensión que crea valor monetario. Por debajo de todo eso, sin asignación de precio, se encuentra la extracción de cantidades ingentes de materiales que no han sido fabricados por nadie ni pueden ser repuestos por nadie. Y luego, la incautación de una cantidad ingente de horas de trabajo que realizan mayoritariamente mujeres normalmente en el marco de los hogares, componiendo una especie de plusvalía en forma de tiempo social que es utilizada por muchos hombres y muchas mujeres para quitarse parte de ese trabajo de interdependencia que les tocaría para ponerlo al servicio del capital.

Lo de arriba, sin lo de abajo no se puede sostener. El capitalismo esencialmente, es un modelo económico que nace de esa división Cultura–Naturaleza que utiliza el trabajo de las mujeres, porque bajo su propia lógica, no podría reproducir pagando ni los materiales ni los procesos de la naturaleza, ni tampoco lo que cuesta regenerar la mano de obra como un elemento esencial. Esa parte que se mantiene arriba flotando y visible depende de todo eso que se encuentra abajo.

Esa dualidad que genera el modelo actual en base al valor monetario de las cosas y del trabajo es la que separa la esfera productiva de la reproductiva. De un lado estaría ese mundo mercantil y de otro lado el resto de dimensiones de la vida. El cuidado, por ejemplo, quedaría relegado a la esfera de la reproducción que es además el ámbito de lo privado, del hogar. El cuerpo... Tu hablas de la necesidad de reconquistar los cuerpos y el territorio ¿a qué te refieres exactamente?

Culturalmente vivimos bastante fuera del cuerpo y de sus necesidades. La cultura occidental es una de las únicas que le tiene un tremendo pavor a la muerte y vive totalmente de espaldas a ella. Somos de las culturas que más desprecia el envejecimiento y pretendemos luchar constantemente contra él. Incluso somos de las culturas que más esconde la discapacidad. Llama la atención cómo en países de la periferia, por ejemplo algunos países africanos, personas con discapacidad funcional, sin tener dispositivos de autonomía como una silla de ruedas, están mucho más presentes en la vida comunitaria que las personas con diversidad funcional aquí. De hecho una de las cuestiones que aquí más se reclama es precisamente más visibilidad.

Si vives en una economía que no es consciente del cuidado, que relega y esconde dentro de los hogares fundamentalmente, el cuidado de mayores, el cuidado de la diversidad funcional o el cuidado de la infancia, finalmente, cuando elaboras políticas públicas o políticas económicas, lo haces sin tener en cuenta

eso que hay que hacer y qué no se puede dejar de hacer. Es decir, se establece una dicotomía enorme entre lo que llamamos producción y lo que llamamos reproducción de la vida. Como si fueran dos cosas diferentes. Pero todo es reproducción. Todo lo que se hace dentro de la economía como parte de la naturaleza y como parte de la vida de las personas, es reproducir la posibilidad de obtener bienes y servicios para que continúe la vida. Esos bienes y servicios a veces son producidos en el mercado y a veces son producidos dentro de los hogares. Son núcleos económicos centrales.

Una política económica que no reconozca la interdependencia es patriarcal. Si no consideras elementos de conciliación, no haces responsable a la empresa de la parte de trabajo que utiliza de dentro de los hogares para hacer su crecimiento económico, lo que hacemos es irlo encerrando y precarizando.

Un ejemplo reciente es la cantidad de juicios que hay contra empresas, como Uralita, que trabajaban con amianto. Durante muchísimo tiempo los trabajadores aspiraron el polvo, enfermaron, muchos murieron de cáncer. Se han ido ganando todos los juicios en primera instancia, tanto en Italia como en España, excepto uno: el juicio que pusieron en España las mujeres de los trabajadores por limpiar los monos de la ropa. Fue el primer juicio que se perdió en primera instancia. Como a quién se denunciaba era a las empresas no se entendía que hubiera un vínculo laboral entre ellas con las mujeres. En segunda instancia lo que se reconoce es que, aunque no exista ese vínculo laboral, hay una parte del trabajo que no terminaba dentro de las paredes de la fábrica sino que se trasladaba al hogar. Y en el hogar eran las mujeres las que seguían trabajando para generar plusvalía dentro de la fábrica, para que ese trabajador llegara lavado y planchado al día siguiente a su puesto de trabajo. Por tanto, la empresa utiliza también trabajo que no paga en el marco de la esfera doméstica. El lavado de los monos que recaía en los hogares debió hacerse en la empresa porque forma parte del mismo ciclo productivo.

Hay un hilo de continuidad entre la producción y la reproducción. Una parte del trabajo no lo pagas, que es el de regeneración del trabajador o la trabajadora que lo derivas a la casa. Por eso, más que reconquistar, sería que la política económica en lugar de ser una política del dinero (sólo) tiene que ser una política del territorio, para ser conscientes de que existe un territorio que nos proporciona lo que necesitamos y que tiene que ser capaz de reproducirse, y una política de los tiempos de las personas, que sirven también para el cuidado de los cuerpos.

Esas dos políticas tienen que ser centrales si lo que queremos es el bienestar de la gente y las condiciones de vida de la gente.

¿Cuáles son las propuestas de la Economía ecológica?

La economía ecológica tiene una serie de pilares fuertes. En primer lugar, la consideración de que ahora mismo, en el modelo económico convencional, la biosfera o la economía ambiental, es una parte dentro de la economía. La economía ecológica dice que todo el funcionamiento del metabolismo económico está englobado dentro de la biosfera. Por tanto, una clave central es que el metabolismo económico no debe superar los límites físicos que plantea el propio marco de la biosfera. Es decir, plantea la economía como un subsistema de la biosfera y no al revés. No el tratamiento de la naturaleza como un subconjunto dentro del mantenimiento económico.

En segundo lugar, plantea un modelo productivo que tenga en cuenta elementos insoslayables dentro de la naturaleza, como la renovabilidad de las fuentes energéticas. Todo el modelo de civilización industrial que conocemos se ha creado gracias a la utilización de cantidades ingentes de energía fósil que es finita. Energía fósil que tiene una gran capacidad energética frente al resto de energía que manejamos. Ante el declive de la energía fósil, nos encontramos con fuentes energéticas que no son capaces de generar todo el trabajo que aquellas, por lo que sí o sí, la humanidad va a tener que aprender a vivir con menos energía y, además, con energías que sean renovables. Pero la renovabilidad de la energía no quiere decir que podamos generar toda la que queramos porque las tasas de retorno energética son más bajas que las de las energías fósiles y porque también hay que tener en cuenta que, para generar energía a partir de fuentes renovables, hace falta construir placas solares, aerogeneradores... infraestructura para la que son necesarios minerales de la corteza terrestre que también son finitos. Tenemos que pensar muy bien en los minerales que tenemos que usar porque podría llegar un momento en el que no fuera posible hacer la transición a modelos renovables para dar satisfacción a las necesidades de todas las personas. La renovabilidad de las fuentes es un elemento central.

En tercer lugar, el cierre de ciclos. Se está hablando mucho últimamente de economía circular. El cierre de ciclos es básicamente la idea de incorporar en el proceso productivo los costes de reposición. Es decir, si yo utilizo minerales para fabricar lo que fuera, tener en cuenta incluso en el proceso de diseño, el reciclaje que voy a tener que hacer de esos minerales para volverlos a meter dentro de la cadena productiva. Los minerales no se renuevan, existen en una cantidad predeterminada, por tanto los procesos de reciclaje, que a su vez requieren energía, son centrales para seguir disponiendo de esa fuente mineral. Si yo diseño un aparato electrónico, en el cual una plaquita de dos, tres centímetros cuadrados, tengo 50 minerales diferentes en unas cantidades ínfimas, el reciclaje es prácticamente imposible. Pero podemos hacer diseños

más inteligentes desde el punto de vista ecológico de tal manera que, aunque fueran más grandes, permitan reciclar, separar fácilmente, y volver a utilizar. Y luego incluir dentro de los precios y del proceso productivo los costes, lo que cuesta esa reposición de los minerales a su elemento central.

Otro elemento central es la diversidad. La diversidad ha sido una estrategia en la naturaleza desde siempre y el proceso productivo tiene que ser muy consciente de la necesidad de conservar la diversidad de todo lo vivo al máximo. Primero, porque es una especie de seguro de vida para la propia vida ante los cambios. Por ejemplo ahora mismo con el calentamiento global, muchas plantas, muchos animales van a estar sometidos a tensiones muy importantes para sobrevivir en las nuevas condiciones y cuanto más diversidad haya, más garantía habrá de poder sobrevivir y poder crear de nuevo redes que se adapten a las nuevas situaciones.

Sin embargo nuestro modelo productivo actual hace todo lo contrario. En muy pocos años la cantidad de especies cultivadas ha descendido de una forma impresionante, o la variedad de razas, por ejemplo, de animales en ganadería. Hace unas décadas se cultivaban varios miles de variedades de arroz en el mundo, y ahora hay diez o doce variedades de arroz que mayoritariamente se están cultivando. Imagínate una zona que de repente sea mucho más seca o que el clima empiece a funcionar de una forma diferente (como ya está pasando en muchos lugares); si tienes cientos de variedades de arroz hay más posibilidades de que alguna de ellas esté adaptada o sea más fuerte ante los cambios que se van a producir. Si te manejas con tres o cuatro que, además, han sido tratadas genéticamente y que están adaptadas a condiciones concretas de un territorio, es mucho fácil que sean menos viables.

Un último criterio es la cercanía. En la naturaleza todo se mueve cerca. Incluso las grandes migraciones de animales se producen porque no hay más remedio y se hacen con mucho coste energético. Hay que relocalizar la economía. Tratar de ver en entornos más locales qué se puede producir y cómo. Favorecer circuitos cortos de comercialización, mercados locales...

A la suma de esos criterios de renovabilidad, cierre de ciclos, diversidad, cercanía, es a lo que se llama la *biomímesis*, el hecho de imitar a la naturaleza en sus formas de producir. No por esencia ni por mística sino porque funciona.

Otro elemento de la economía ecológica también central es desbancar la unidad del dinero o del Producto Interior Bruto (PIB) como único indicador de la bonanza de la economía. No es que se pretenda que no se use el PIB o los indicadores monetarios, sino que sean complementarios con otra serie de indicadores

como pueda ser la *huella ecológica*, el requerimiento total de materiales, la mochila ecológica o la apropiación humana de la producción primaria neta. Son indicadores que desde la economía ecológica se llevan planteando hace tiempo y que se proponen combinar de forma que tengamos un sistema de medida multicriterio y no una única media que te hace tener la mirada extraviada y despreciar la evolución de otros aspectos centrales económicos y sociales.

«El decrecimiento es, ni más ni menos, el reconocimiento de una imposición de la naturaleza: de los propios límites físicos del planeta»

Desde la economía ecológica, cuando se habla de decrecimiento ¿a qué se hace referencia?

El decrecimiento no es una teoría económica y a veces se ha simplificado un poco. No es que decrezca el PIB. No es que decrezca la economía en términos monetarios. El decrecimiento es, ni más ni menos, el reconocimiento de una imposición de la naturaleza: el hecho de que se quiera o no se quiera, antes o después, se va a vivir con menos energía, con menos materiales, con menos cantidad de agua disponible... El decrecimiento, por tanto, es una apuesta por una reducción de la esfera material de la economía. Lo importante es que dejemos de mirar al PIB como si fuera el tótem que todo lo mide y empecemos a darnos cuenta y a articular políticas económicas en torno a una necesaria reducción de la *huella ecológica*, reducción del uso de la energía fósil, reducción de las emisiones de gases de efecto invernadero... Reducir la carga que los metabolismos económicos supone a la naturaleza.

Ese decrecimiento de la esfera material de la economía va a ser sí o sí, porque lo imponen los propios límites físicos del planeta. Y aquí volvemos a encontrarnos con el tema de la justicia social: ese decrecimiento de la esfera material de la economía se puede hacer por una vía fascista, aquella vía que hace que quienes vayan a estar amparados por un poder económico, político y militar, sigan sosteniendo estilos materiales de vida a costa de que cada vez más gente quede fuera; o por una vía que sea capaz de poner en el centro el mantenimiento de las condiciones de vida para las grandes mayorías sociales de tal modo que el reparto en el acceso a la riqueza y el uso responsable de los recursos sea un imperativo absoluto.

¿Todo el declive y el necesario cambio de el modelo económico actual encierra además una crisis civilizatoria?

Es evidente. Aunque para mucha gente sigue estando invisible, nos encontramos ante una enorme crisis global. La crisis ecológica de la que hablamos se plasma en el cambio climático, en el pico de las energías fósiles, en la hecatombe de la biodiversidad, en el declive pesquero... A su vez, esta crisis global se plasma en una profundización de las desigualdades en todos los ejes de dominación y extendidas prácticamente en todo el planeta. De tal manera que la crisis global lo que nos muestra es que el deterioro de la naturaleza va muy de la mano con el deterioro de las condiciones de vida de las personas.

Aquí, en el Estado español, lo que está ocurriendo es lo que ya sucedió en los países de la periferia: millones de personas en situación de exclusión, en situación de desempleo –en un mundo en el que el empleo es prácticamente lo único que te garantiza la obtención de una renta que te permita vivir, sobre todo en los sistemas urbanos–, la aparición de personas empleadas pobres, es decir, que incluso las condiciones laborales siguen siendo generadoras de pobreza, el encierro dentro de los hogares del mantenimiento de las condiciones de vida... mientras que el estado y las empresas se desentienden del cuidado de la vida cotidiana. Todo lo que se recorta cae dentro de la casa y son mayoritariamente mujeres quienes lo atienden.

«Esa crisis global se transforma en una crisis civilizatoria cuando como civilización, como cultura, somos incapaces de ver aquello que nos sostiene»

Toda esa expulsión masiva de personas se plasma ahora mismo de una forma muy clara en la mal llamada crisis de refugiados. Es el caso más evidente que tenemos ahora mismo de expulsión. Gente que ha salido de sus países porque son saqueados los recursos naturales o porque están afectados por dinámicas de desertización, más agravadas por el cambio climático, y que cuando llegan aquí huyendo de todo eso tampoco pueden entrar. Primero les saqueas y luego no les dejas entrar.

Esa crisis global se transforma en una crisis civilizatoria cuando a pesar de ser tan evidente, a pesar de tener esos rasgos tan claros, permanecen sin embargo invisibles para vastos sectores de la población. Cuando las grandes mayorías sociales son incapaces de percibir y permanecen en un estado de profundo anestesiamiento ante esta debacle que estamos viviendo, se transforma en una

crisis de civilización porque, como civilización, como cultura, somos incapaces de ver aquello que nos sostiene. Somos incapaces de poder entender hasta qué punto es, cómo si estuviésemos sentados en una rama que vamos serrando mientras seguimos sentados sobre ella. Incapaces de comprender hasta qué punto estamos cargándonos la propia posibilidad de mantenernos vivos como especie. Por eso es una crisis de civilización, porque hemos acabado imponiendo con este modelo económico y este modelo cultural una especie de sociedad enferma que no es capaz de ver los males que la aquejan. Una sociedad que se hace trampas a sí misma al seguir planteando la cuestión del crecimiento, del empleo, sobre las mismas lógicas para resolver problemas que de forma empírica vemos que no se están resolviendo por esas vías.

Llegados a este punto ¿qué opciones tenemos? ¿mediante qué mecanismos podemos hacer frente a esta situación? ¿Hace falta una vanguardia que abandere este movimiento o es una cuestión de un proceso de toma de conciencia, ya no de clase en los términos clásicos, sino planetaria? ¿Hay que entrar en las instituciones, dar el salto a lo político?

Teniendo en cuenta la urgencia, ahora mismo hay que actuar en todos los lados. Me parece importante que lleguen a las instituciones personas que sean conscientes de estos temas. Aunque tengo dudas de que esto sea así, porque son temas que muchas veces están bastante fuera de los debates sociales de partidos políticos, emergentes y no emergentes, pero que pretenden ser transformadores. Aunque a mí me consta que dentro de ellos hay gente que es consciente, digamos que no forma parte esencial ni parece que constituyan prioridades en las políticas urgentes a aplicar. Pero me parece fundamental que lleguen personas así a las instituciones.

Ahora bien, las instituciones actuales dentro de las sociedades capitalistas, son instituciones fundamentalmente neoliberales. No me refiero a que haya personas neoliberales en ellas, sino a que la propia lógica de la institución, la propia organización, los procesos, las prioridades que se han ido estableciendo los últimos años, son neoliberales. Dentro de la institución habría que hacer desobediencia institucional para conseguir poner maquinarias institucionales al servicio de atajar estos problemas. Y para poder hacer esto, necesitas amplias bases sociales organizadas que quieran esos cambios, estén dispuestas a defenderlos y estén dispuestas a presionar a políticos y políticas. Por tanto, a mí esa parte de la articulación ciudadana me parece básica.

Desde mi experiencia como ecologista, creo que se están dando grandes avances. En la época del crecimiento económico en España yo estaba desesperada porque

estabas viendo caerse el mundo a trozos y estabas viendo a mogollón de personas celebrando el crecimiento económico, el consumo, como si fuera algo que se iba a mantener indefinidamente. Cuando aquello explotó y se vio que en realidad detrás del escenario, en la tramoya, lo que había era una cadena de deudas que han dejado hipotecadas a montones de familias pero también hipotecada a la propia tierra en la que vivimos, mucha gente está cambiando la mirada y necesita saber qué ha pasado, por qué todas las promesas que le hicieron no se cumplen. Ahí estamos dando pasos importantes, en alfabetización ecológica mínima y en una toma de conciencia de que la crisis ecológica, la crisis social y la pobreza están profundamente interconectadas. Es todavía insuficiente, pero yo veo avances importantes.

En este cambio nos encontramos ante una situación de profundo conflicto entre el modelo que tenemos y uno que pudiera posibilitar vidas decentes para las personas. El problema es que ese camino se marca en términos de conflicto porque avanzar hacia eso otro significa repartos de la riqueza que supone que haya personas que tengan que soltar parte de lo que les sobra. Y conflicto también con nosotros y nosotras mismas, porque los cambios que hay que hacer chocan con las visiones hegemónicas de vida cómoda, de derechos económicos, de libertad que tenemos...

Si ya se sabe que ciertas industrias contaminan, son peligrosas en términos medioambientales y de salud, que hay empresas que explotan a sus trabajadoras... y se sigue comprando y utilizando sus productos, muchas veces por una cuestión de precios más baratos. O si abrimos el grifo y sale agua, o entendemos que tener un coche es una necesidad... Ese proceso de educación ambiental parece a priori muy complejo ¿Cómo se convence a alguien de que el planeta tiene unos límites?

Un elemento básico es confiar en las personas. Las personas son mucho más razonables de lo que parece. Hace unos años hubo una sequía brutal en Madrid y se llegó a plantear hacer cortes de agua en algunos momentos del día. El Canal de Isabel II desarrolló una campaña de sensibilización tremenda llamando la atención sobre el problema de la sequía, mostrando cómo estaban los pantanos, mostrando cómo estaba el tema de las lluvias... El consumo de agua en Madrid en tres días bajó de una forma impresionante. La gente, individualmente, empezó a hacer un uso súper cuidadoso del agua. Esa idea que tenemos en la cabeza de "yo no lo hago porque, total, otros no lo van a hacer" en realidad, empíricamente, no se muestra tan verdadera.

En el año ochenta y nueve en España se consumía la mitad de la energía primaria que se consume hoy y yo ni me sentía pobre, ni miserable, ni vivía en las cavernas ni nada por el estilo. No es tan difícil.

Cuando se prohibió fumar en los lugares públicos parecía, por todo el discurso dominante y todos los sectores liberales, que era un ataque a la libertad de las personas. Se prohibió un día, al día siguiente entró en vigor la ley y no pasó nada. La gente salió a la calle a fumar y resulta que todo el mundo descubrió que le molaba más estar en espacios sin humo.

Hace nada se ha aplicado por primera vez el protocolo de contaminación del aire en Madrid. También parecía que se iba a caer el mundo si se le restringía la velocidad a los coches y se prohibía aparcar en el Centro. Sin embargo, las radios, las tertulias, se llenaron de gente diciendo "hombre, si es que nos estamos envenenando al respirar el aire, parece razonable pensar que algo tendremos que hacer". O cuando se han puesto cuotas pesqueras y no se podía pescar anchoas...

La gente lo entiende mucho mejor. El gran problema que hay es que vivimos en una sociedad que la idea de límite está deliberadamente apartada de la cabeza de la gente a partir de la publicidad, de las noticias... Cuando hay un problema siempre la idea es: "no te preocupes que algo se inventará para resolverlo" o "no te preocupes que ya hay expertos pensando en ello". La toma de conciencia de la idea de límites o de la necesidad de desarrollar modelos de vida más austeros, en el buen sentido de la palabra, ien el hermoso sentido de la palabra austeridad! es un elemento que la gente es capaz de entenderlo bien.

Luego están los mecanismos de precio. Ahora mismo hay personas que hacen miles de viaje en avión porque puede costar cincuenta euros un billete *low cost*. El gran reto está en asignarle a las cosas el precio que tienen y garantizar que no vayamos a un modelo en el que quien tiene dinero viaja y quien no lo tiene no. Por eso es muy importante desbancar al dinero como el único motor.

Los Verdes en Alemania proponían dar una especie de carné de kilómetros a recorrer en un año en función del cálculo de cuánta energía podría consumir en un año. Un número de kilómetros que no fuera transferible ni lo puedas vender ni comprar. De tal manera que todas las personas tengan derecho a recorrer en transporte motorizado. No obstante no era tan simple, llevaba montón de variables. Es una forma de ir aplicando vías de acceso a los recursos equitativas que no dependan sólo del dinero. Pero cuando planteas estas cosas mucha gente te dice "sí, pero la casuística es super compleja" y yo digo ipues pensémosla! ¡Mucho más complejo es el funcionamiento de la bolsa, de los fondos de

inversiones! Hay que atreverse a pensar en formas complejas pues al final es lo que ha hecho la humanidad: pensar en formas complejas de gestionar los límites y lo que tenía. O sea, que no es tan imposible.

¿Cómo se conjuga que los nuevos partidos de izquierda sigan hablando de aumentar el consumo, aunque esté acompañado de un reparto de la riqueza, con la causa ecológica?

Cuando se habla permanentemente de aumentar el consumo, se están metiendo en una trampa importante porque el problema es que es imposible. Ahora mismo el capital lleva intentando aumentar las tasas de ganancia desde hace un montón de tiempo y está bloqueado. El sistema está agotado.

Piketty, que se mueve dentro de un marco socialdemócrata, dice en su libro que los países se tienen que acostumbrar a tener, como mucho, tasas de crecimiento económico del 1% o 1'5% del PIB, y eso siempre que se descubran nuevas fuentes energéticas. Si no, ni eso. Es decir, que vamos a ir a sociedades sin crecimiento económico medido en términos de PIB con las mediciones que tenemos ahora. Si tienes un modelo social organizado de tal modo que la gente sólo tiene derecho a comer y sólo tiene derecho a vivir bien en la medida en que crezcan las tasas de ganancia de los que son dueños de los medios de producción ¡apañados vamos! porque en el momento en que estos no crezcan, si supeditamos el derecho a tener condiciones dignas a lo que ganen los dueños de esos medios, nos vamos a encontrar en unas situaciones complejas.

Es una trampa. Si llegas con esos discursos al poder y no los puedes cumplir, gestionarlo con las expectativas es muy difícil. Es muy difícil gestionar las expectativas de gente que está precaria, de gente que lo está pasando mal, y que ve que cuando llegan sus partidos, más allá de hacer algún mecanismo diferente de reparto de la riqueza, las condiciones de vida globales no mejoran. Además, hay una cosa evidente: no se puede vivir eternamente a golpe de programas ciudadanos o a golpe de asignar pensiones o subvenciones, por más que sea necesario en momentos de urgencia. Lo que se necesita es que la economía como sistema se pueda reproducir, que pueda generar riqueza. Riqueza no medida en términos de PIB, sino riqueza en términos de bienes y servicios que puedan satisfacer las necesidades de las personas. Y eso, con este modelo que tenemos ahora, no está siendo posible hacerlo.

Pero la experiencia es que, al final, una vez en el poder, en las instituciones, lo inmediato sigue primando: atender la urgencia, a las familias, y dejar de lado cuestiones del medio ambiente...

Claro, porque yo creo que esa dicotomía entre “atiendo a la familia o atiendo al medio ambiente” es falsa.

En las exposiciones de motivos de todos, absolutamente todos los proyectos de infraestructuras que se han venido haciendo durante toda la época del *boom* inmobiliario (los trenes de alta velocidad, aeropuertos, etc.) lo que se decía era que el motivo de hacerlo era el desarrollo, el crecimiento económico y la generación de puestos de trabajo. Estimaban en miles los puestos de trabajo directos e indirectos que generarían. Cuando miramos lo que ha pasado ahora y vemos esas carreteras por las que no pasan coches y que hay que rescatar con dinero público, aeropuertos en los que no aterrizan aviones, puertos que no tienen barcos, kilómetro de tren de alta velocidad per cápita de los más altos del planeta... España es de los países que más kilómetros de infraestructura de transporte per cápita tiene de todo el mundo. ¿Qué es lo que falla que a pesar de todas estas infraestructuras que prometían cientos de empleos y, sin embargo, somos record en paro? ¿Qué es lo que está fallando ahí? El mito de la generación de empleo está detrás de muchísimos proyectos despilfarradores.

¿Por qué se hacían? Pues te encuentras con los papeles de Bárcenas y ves la asignación de estas infraestructuras a grandes empresas constructoras que presuntamente daban sobres a la gente que repartía el juego en las adjudicaciones. Y te encuentras que lo que hemos tenido ha sido una impresionante transferencia de dinero público a manos de grandes constructoras para hacer infraestructuras que no sirven para nada y no han generado empleo.

La clave está en que, si queremos poder reproducir la economía, tenemos que mirar en paralelo cómo resolver las necesidades de vida de la gente sin cargarte la posibilidad de poder reproducir la economía. Esa posibilidad pasa por mantener la capacidad regenerativa de la Tierra que es de donde sale la riqueza. La riqueza que sirve para sostener necesidades humanas. Nosotros, al final, tenemos que comer, necesitamos vivir en una casa, un mínimo de transporte, y todo eso no sale de las acciones ni de los mercados financieros. Salen de la naturaleza y del trabajo humano. Esas dos cosas son las que tenemos que cuidar para seguir haciéndolo en el futuro, si no, puede crecer la economía pero no repercutir en mejoras de vida de la gente.

Ahora mismo Rajoy habla incansablemente de la recuperación económica, de cómo vuelven a crecer las tasas de ganancia de algunas empresas o cómo crece el PIB aunque sea tímidamente. Pero ni baja el paro, ni baja las personas en situación de exclusión, ni aumentan los salarios.

Ha entrado dentro de la cabeza de la gente de una forma impresionante que lo uno lleva a lo otro, y no es cierto. Empíricamente, mirando los datos, no es cierto. Aun así, siendo profundamente ecologista, defiendo que hay que sostener las necesidades mínimas de la gente más precaria, pero eso no pasa necesariamente porque volvamos a abrir la veda de construir chalets en primera y segunda línea de playa. Vemos lo que pasa en Andalucía, que tiene unas altísimas tasas de paro, las más altas dentro de todo el territorio y donde se ha puesto el territorio ha disposición del turismo y del crecimiento económico, y ahora mismo, supuestamente tendrían que ser de los lugares que más empleo tienen. Lo mismo ocurre en Canarias.

Romper esa idea es clave. Por eso nos hace falta apostar el cambio del metabolismo económico, y para eso hay propuestas.

«Disputar la hegemonía económica es difícil pero no imposible porque hay propuestas»

Desde el ecologismo ¿cómo se puede defender un modelo alternativo en un contexto en el que se tiende a tachar a la izquierda y a los movimientos sociales de populistas? ¿Hay propuestas concretas?

Sí. No es cierto que no las haya. Hay estudios planteados desde hace mucho tiempo guardados en cajones que hablan de cambio, por ejemplo, en la forma de generar electricidad, de generar energía. Propuestas de cambio en el mix eléctrico, en el terreno de la agricultura, en torno a la pesquería, en torno a la industria verde. Propuestas hay. Hay propuestas concretas encima de la mesa, lo que pasa es que casi todas las propuestas concretas y casi todas las líneas de trabajo que se ponen encima de la mesa, tienen un elemento común: pasan por reducir las tasas de ganancia del capital. Pasan por utilizar parte de las plusvalías en generar bienestar para las personas. Pasan por un reparto radical de la riqueza, y hay sectores de la población que no quieren oír hablar de esto. Entonces tachan de populista e irreal todo aquello que pase por repartir la riqueza. Pero no es ni populista ni irreal.

Pero cala en la gente...

Por supuesto que cala en la gente. Igual que digo que disputar la hegemonía económica es difícil pero no imposible, porque hay propuestas, disputar la hegemonía política tampoco es imposible. De hecho, lo estamos viendo. Partidos nacidos hace dos días, candidaturas municipalistas, cuando se han puesto y han

disputado, han conseguido éxitos importantes. Es muchísimo más urgente e importante disputar la hegemonía cultural.

Gramsci me ha parecido siempre un autor muy interesante con sus conceptos de hegemonía. Él decía que un sistema no se hace hegemónico cuando se ha adueñado sólo del poder político y económico, sino que se hace hegemónico cuando se ha adueñado de la forma de pensar de las personas. Aunque en la mayor parte de las personas ha calado la idea de que no dependemos de la naturaleza, por ejemplo, cuando oyes a esta gente que dice "saca toda el agua del río que puedas porque se pierde en el mar", o que las tesis negacionistas deliberadamente construidas por todos los lobbies energéticos, industriales y las bancas, han triunfado. Cuando dicen "la contaminación de Madrid no está tan mal" aunque tu estés viendo con tus ojos un nubarrón negro impresionante... Eso es lo que tenemos que demoler, y en eso se está avanzando bastante, pero necesitamos muchísimo trabajo.

Voy a dar charlas a muchísimos sitios y muchas veces son espacios, a priori, hostiles, de gente que no es necesariamente ecologista. Mi opinión y mi experiencia es que, cuando tienes un rato para explicar y para hablar, la gente lo entiende. Le puede no gustar y te pueden acabar pidiendo algo realista con lo que acabar con esto, pero entiende. Porque cuando te paras a pensar en los kilos de cosas que existen, en la parte más material, es evidente lo que estamos planteando. Lo que pasa es que tienes a personas sometidas a más de tres mil impactos publicitarios diarios, al discurso, desde las televisiones y desde las radios, hegemónico, a un optimismo tecnológico... Esa barrera es la que tenemos que ser capaces de saltar. Y no es fácil.

Cuando Pablo Iglesias, o Iñigo –que ahí me parecieron súper valientes– iban a estos espacios horrososísimos de tertulias donde te insultan, que a muchas personas nos hubiera dado miedo y no hubiéramos ido, hay que reconocer que fueron súper hábiles e inteligentes al plantear discursos como el de "la casta", que son fáciles de plantear. Primero porque ha habido un trabajo previo de toda la movilización social que ya hablaba de la corrupción, movimientos como la Plataforma de Afectados por la Hipoteca (PAH), como el movimiento feminista...

Había un caldo de cultivo...

Había un caldo de cultivo propicio. Pero ante una sociedad que no sabe lo que es el *pico del petróleo*, que no tiene ni idea de que los recursos son limitados, que confía plenamente en la tecnología, no puedes en dos minutos... Necesitas un rato. Y no contamos con medios de comunicación de masas que te lo posibiliten.

Eso y que probablemente la gente que trabajamos en esto, no hayamos sido suficientemente ni creativos ni osados para encontrar esos huecos.

Por ejemplo, el otro día acudí a la presentación de un libro sobre el turismo donde se hablaba del viaje y del turismo como derecho. Pero el turismo no es un derecho. Un derecho es algo que pueda ser universalizable para todas las personas. No todas las personas del planeta pueden viajar al otro lado del charco, o pueden viajar un fin de semana con un viaje *low cost*. No lo pueden hacer, no porque no tengan dinero solamente, sino porque no existen recursos físicos para poder hacerlo.

Una gente hizo un estudio calculando en base a la energía fósil que potencialmente podía quedar, cuántos viajes transoceánicos podía hacer una persona a lo largo de su vida. Salía que uno. Luego, si todos los años haces un viaje transoceánico, no estás satisfaciendo un derecho sino un privilegio ¿Sería viable físicamente que todas las personas del planeta tuvieran una dieta carnívora cuatro días a la semana? No hay tierra para alimentar a tanto ganado. Entonces, una dieta carnívora de cuatro días a la semana, no es un derecho, sino un privilegio.

Cuando no tienes la conciencia de límite, que es un problema que tenemos como cultura, el mazo del derecho, de la justicia o de la libertad, no lo desarrollas ni lo comprendes en ese marco de mundo limitado y lo que acabas es generando un sistema de derechos que se construyen a costa de otras personas. Cuando el derecho no puede ser algo ceñido exclusivamente a lo individual, sino que tiene que ser puramente relacional, porque lo que unos tienen de más otros lo tienen de menos.

Con las cuestiones de género es lo mismo. Si el cuidado de los cuerpos es una condición básica de vida, tiene que haber una reciprocidad: si yo no puedo existir sin ser cuidada, no puedo vivir sin cuidar. Si lo hago así significa que va a haber gente que su tiempo de vida lo va a dedicar mayoritariamente al cuidado de otros y de otras. Eso es radicalmente injusto, aparte de que en este momento, incluso, ya empieza a hacer aguas en una población tan vieja como la que tenemos, con las pirámides demográficas invertidas. Aunque fuera por la vía del sometimiento y la esclavitud de las mujeres, no daría para poder cuidar.

¿Hay esperanza o el ser humano está abocado al desastre?

Por supuesto que hay esperanza. Naturalmente que sí. Si miramos a los seres humanos vemos un montón de espacios alrededor donde priman las relaciones de cooperación, donde priman las relaciones de solidaridad, donde las personas son capaces de organizarse...

De primeras, la lógica capitalista no lo ha colonizado todo. Dentro de los hogares y sus relaciones, aunque sean injustas, no están regidas por la lógica estrictamente capitalista. En los últimos años hemos conocido la proliferación bestial de montón de iniciativa que tienen que ver con la producción de alimentos, con el cuidado compartido de la gente, con las finanzas éticas, con los medios de comunicación alternativos, que muestran cómo la colaboración de las personas a veces le pone freno incluso a poderes muchísimos mas grande. Hemos visto cómo Linux, que es una forma alternativa de generar *software*, ha podido expulsar a un gigante como Microsoft de algunos lugares con la formula de, en lugar de privatizar, compartir el código libre y permitir que unas personas mejoren el de otros. Hemos visto como están naciendo movimientos sociales, como la PAH que ha conseguido darle la vuelta a la idea hegemónica de que quien se metía en una casa y luego no la podía pagar era normal que se la quitaran, a un movimiento generalizado y legitimado que entiende que cuando hay clausulas abusivas, o dinámicas perversas, lo normal es que la gente resista.

Tenemos muchísimos elementos por delante que nos muestran campos de esperanza. A veces te dicen: "pero está creciendo mucho el neofascismo". Bueno, no miremos sólo eso. En Alemania es verdad que está creciendo el movimiento neofascista, pero, a la vez, más de quince millones de personas se han articulado para apoyar y sostener en la proximidad a los refugiados que llegaban. Se produce una polarización, pero está lo uno y lo otro.

Naturalmente hay esperanza. La clave la tenemos en conseguir llegar a mayorías sociales. Esa es una clave. Ahí tenemos un límite, pero también una posibilidad.

A mi me gusta mucho lo que decía Bloch; que estamos en el tiempo del "todavía-no". Pero el "todavía-no" refleja potencialidad y refleja posibilidad. Eso lo podemos hacer.